

LOS MEJORES CUENTOS DE
TERROR PSICOLÓGICO

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

Autores Varios

LOS MEJORES CUENTOS DE
TERROR
PSICOLÓGICO



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.
Correcciones: L.T.O.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Imagen de cubierta bajo licencia Shutterstock: DE EnsUPER

Primera edición: *Octubre, 2025*

ISBN: 978-84-10067-81-3
Depósito legal: M-17238-2025
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Hay formas de miedo que llegan con estruendo, y otras que prefieren deslizarse con una cortesía engañosa. Esta exquisita antología está compuesta por esas amenazas que no se anuncian, que no requieren estridencias. Son relatos que actúan con discreción, que trabajan desde dentro, minando la lógica, la tranquilidad, incluso la identidad. Avanzan despacio, con pasos firmes, hasta que nada vuelve a parecer del todo seguro. El terror psicológico no necesita disfraces grotescos ni rituales macabros. Le basta con alterar levemente lo conocido. Un rostro que se ilumina con una expresión extraña. Un pasillo idéntico al de siempre, pero hoy más largo. Una palabra dicha como si ya hubiera sido pronunciada antes. Ese tipo de detalles basta para provocar el desorden. Las emociones pierden el equilibrio. Lo doméstico se transforma en territorio incierto. Y lo más inquietante: todo sigue igual, pero algo ha cambiado. Lo que distingue estos cuentos no es el contenido explícito, y sí su capacidad para alterar la percepción. Los hechos, por sí solos, no explican el miedo. Es la atmósfera, el ritmo, el silencio entre frases, lo que construye esa presión en el pecho que no se alivia al cerrar el libro. **En lugar de golpes de efecto, ofrecen insinuaciones calculadas.** No empujan: invitan a acercarse. Y una vez dentro, la salida ya no resulta tan evidente. Los autores reunidos en este volumen —la mayoría célebres y otros injustamente desconocidos— comprenden muy bien cómo operar sobre la fragilidad de lo cotidiano. Algunos sitúan el desasosiego en una casa elegante, otros en un recuerdo inofensivo, o en una relación que empieza a agrietarse por dentro. No necesitan escenas sobrenaturales. Prefieren las grietas minúsculas, los desajustes sutiles que, con el paso de las páginas, se convierten en verdaderos abismos. Esos cambios mínimos generan

una incertidumbre persistente, difícil de explicar con claridad, pero imposible de ignorar.

La verdadera maestría de estos relatos superlativos está en la manera en que exploran la mente humana cuando se enfrenta a lo incierto. No hay antagonistas claros. Lo amenazante no siempre tiene rostro. A menudo se trata de una idea que no desaparece, una sospecha que crece, una certeza que se debilita. El conflicto se produce entre lo que debería ser y lo que, por alguna razón, ya no encaja del todo. Y esa disonancia basta para encender el miedo más íntimo. Aquí no encontrarás fórmulas repetidas ni soluciones fáciles. Lo perturbador no viene de la sorpresa, viene de la insistencia. De la manera en que una historia se desliza con naturalidad hacia la inquietud. De cómo, en pocas páginas, se desmonta el equilibrio sin romper ninguna norma. Esa tensión contenida es lo que deja huella. Lo que persiste cuando ya no se está leyendo.

Hay también en esta colección una dimensión reflexiva. **Los relatos no solo buscan provocar, también invitan a observar.** A mirar con otros ojos lo que parecía conocido. Una habitación, una costumbre, una conversación trivial... Todo puede mutar con apenas un giro de enfoque. La lectura se convierte así en una experiencia doble: la de seguir una historia, y la de descubrir, entre líneas, una posibilidad inquietante. Y aunque cada autor despliega su estilo y sus obsesiones, hay un hilo invisible que une todas las piezas. Ese hilo es la conciencia de que el mayor peligro no siempre llega desde fuera. Lo verdaderamente desestabilizador puede habitar en el pensamiento más íntimo, en la emoción mal digerida, en la percepción alterada por algo que no se sabe nombrar. De ahí nace el verdadero vértigo.

Esta selección está pensada para quienes aprecian la tensión bien dosificada, la escritura precisa, las emociones complejas. Es una invitación a entrar en territorios donde lo invisible pesa más que lo evidente. Donde lo que parece no tener forma, sin embargo, oprime. Y donde una vez cruzado el umbral, ya nada vuelve a ser completamente confiable..

El editor

EL HOMBRE Y LA SERPIENTE

Ambrose Bierce

I

«Este dato es científico (confirmado por tantos testigos que ningún hombre juicioso osaría desmentirlo) y es que los ojos de las serpientes poseen propiedades magnéticas, de modo que quien cae bajo su influjo se siente atraído hacia ella en contra de su voluntad, y muere de una forma atroz a causa de su picadura».

Cómodamente repantigado en una butaca, en bata y zapatillas, Harker Brayton sonrió mientras leía aquella frase de la vieja obra de Morryster, *Las maravillas de la ciencia*.^[1]

—Lo único que tiene de asombroso es que los hombres juiciosos y eruditos de los tiempos de Morryster se hayan creído estas patrañas que la mayoría ha rechazado, hasta los más ignorantes de nuestra época —musitó.

Continuó cavilando, ya que Brayton era un hombre reflexivo y, sin siquiera darse cuenta, bajó el libro sin apartar la mirada. En cuanto el volumen quedó por debajo de su línea de visión, algo situado en un rincón oscuro de la habitación atrajo su mirada. Amparados por la sombra proyectada debajo de la cama, vio dos puntos luminosos separados por un par de centímetros.

Podían ser los reflejos del chorro de gas sobre las cabezas metálicas de los clavos, de modo que no les dio ninguna importancia y reanudó su lectura. Segundos después, algo, un impulso que no se le ocurrió analizar, lo impulsó a bajar de nuevo el libro y buscar lo que había visto antes. Los puntos de luz no se habían movido

[1] Autor ficticio inventado para esta historia y que también menciona H. P. Lovecraft en *El festival*.

de allí. Parecían más brillantes que antes, con un resplandor verdoso en el cual no había reparado al principio. También pensó que se habían movido un poco, que estaban algo más cerca. Sin embargo, seguían demasiado ocultos en la sombra para revelar su naturaleza y origen a una atención indolente, así que retomó su lectura. De pronto, algo en el texto le sugirió un pensamiento que lo sobresaltó y le hizo depositar el libro una tercera vez a un lado del sofá, desde donde, escapando de su mano, cayó abierto sobre el suelo, con el lomo hacia arriba. Brayton, medio levantado, miraba atentamente hacia la oscuridad que había debajo de la cama, donde, según le pareció, brillaban los puntos de luz con un fuego más fuerte. Su atención se había despertado y su mirada era ávida e imperiosa.

Debajo de la barandilla de la cama se veían los anillos de una gran serpiente, ¡y los puntos de luz eran sus ojos! Su horrenda cabeza, que sobresalía del anillo más interno y reposaba sobre el más externo, se dirigía directamente hacia él, y la silueta de la ancha y brutal mandíbula y la frente como de idiota servían para mostrar la dirección de su mirada malévola. Los ojos ya no eran simples puntos luminosos, sino que miraban los suyos con un significado, un significado maligno.

II

Por suerte, una serpiente en el dormitorio de una de las mejores casas de una ciudad moderna no es un fenómeno tan común que pase desapercibido. Harper Brayton, un soltero de treinta y cinco años, culto, apático, pero también atlético, adinerado, célebre y que gozaba de buena salud, acababa de regresar a San Francisco después de un largo viaje por países remotos y desconocidos. Sus gustos, un tanto aparatosos, se habían exagerado tras haber pasado por largas escaseces. Por eso y como los servicios del Hotel Castle ya no satisfacían del todo sus apetencias, aceptó de buen grado la hospitalidad de su amigo, el distinguido doctor Druring.

El caserón antiguo del científico, situado en lo que entonces era un barrio poco ostentoso de la ciudad, estaba apartado y lejos del resto. Saltaba a la vista que no guardaba ninguna relación con los edificios contiguos del entorno, que estaba bastante modificado y había dado rienda suelta a las excentricidades propias del aislamiento. Una de ellas era un ala a todas luces discordante desde el punto de vista arquitectónico y no menos en lo que se refiere a su finalidad, ya que combinaba un laboratorio con un zoológico y un museo.

Allí era donde el doctor se explayaba como científico estudiando las formas de vida animal que despertaban su interés y se adecuaban a sus gustos, los cuales, debemos decir, se inclinaban por los animales de tipo inferior. Los de tipo superior solo podían agradarle, aunque de modo superficial, si al menos conservaban ciertas características rudimentarias propias de los dragones primigenios, como sucede con los sapos y las serpientes.

Sus simpatías científicas se decantaban por los reptiles. Le causaban admiración las criaturas ordinarias de la naturaleza y se describía a sí mismo como el Zola^[2] de la zoología. Puesto que su esposa e hijas no tenían la suerte de compartir su lúcida curiosidad en relación con los hábitos de vida de estas criaturas —nuestros parientes lejanos—, las desterró a todas con una exagerada dureza de lo que él llamaba el Serpentario, y quedaron condenadas a la compañía de sus semejantes. Sin embargo, con el fin de suavizar los rigores de aquella exclusión y gracias a su enorme generosidad, les había dado una ventaja sobre los reptiles, proporcionándoles a ellas un ambiente suntuoso y permitiéndoles que brillasen con el mayor de los esplendores.

Por lo que respecta a su arquitectura y a su decoración, el Serpentario era un lugar sencillo y austero, como correspondía a las humildes circunstancias de sus habitantes, a muchos de los cuales, dicho sea de paso, no podía concederles sin riesgo la libertad necesaria para disfrutar plenamente del lujo de la casa, pues tenían la inquietante particularidad de estar vivos. No obstante,

[2] **Émile Zola** (1840-1902) fue un escritor francés, novelista, periodista, dramaturgo, considerado el padre y el mayor representante del naturalismo literario.

dentro de sus jaulas apenas tenían restricciones, que se limitaban a las indispensables para su necesaria protección frente a la funesta costumbre de devorarse entre sí. Como le explicaron a Brayton, era habitual encontrarse a algunos reptiles, en diversos momentos y en determinados lugares de la mansión, donde les habría costado mucho explicar su presencia. Pese al Serpentario y a sus siniestras asociaciones —a las cuales apenas prestaba atención—, a Brayton le gustaba mucho la vida en la residencia Druring.

III

Más allá de la sorpresa del primer momento y de un leve escalofrío de repugnancia, la situación no alteró demasiado al señor Brayton. Su primer impulso fue tocar la campanilla para llamar al criado. Sin embargo, no lo hizo, aunque tuviese el cordón de la campanilla al alcance de la mano. Pensó que semejante acto haría que pareciese un hombre miedoso, lo cual no era en absoluto verdad. Los peligros de la situación lo afectaban menos que su incoherencia, cosa de la cual era muy consciente: era repugnante y a un mismo tiempo absurda.

El reptil pertenecía a una especie que Brayton desconocía. Únicamente podía calcular su longitud, pero la parte más visible del cuerpo parecía tan gruesa como su antebrazo. Si realmente era peligroso, ¿hasta qué punto lo sería? ¿Sería una serpiente venenosa? ¿Una boa constrictora? Sus conocimientos de las señales de peligro que envía la naturaleza no le permitían saberlo, pues jamás había necesitado descifrar aquel código.

En cualquier caso, si el animal no era peligroso, al menos era ofensivo. Por lo demás, estaba fuera de lugar y eso lo convertía en una insolencia. La joya no era digna del engaste. Ni siquiera los gustos groseros de nuestro tiempo y nuestra nación, que han cubierto las paredes de las habitaciones con cuadros, el piso con muebles y estos últimos con baratijas, han encontrado un lugar adecuado para ese ejemplar de la vida selvática. Además —¡la

simple idea le resultaba insufrible!—, su aliento se mezclaba con el aire que también él respiraba.

Cuando estos pensamientos cobraron una forma más o menos precisa en la mente de Brayton, sintió el impulso de agarrar el toro por los cuernos. Este proceso podría denominarse reflexión y decisión. Por eso somos sabios o imprudentes. De este modo la hoja marchita en la brisa otoñal muestra más o menos inteligencia que sus compañeras cuando cae al suelo o sobre el lago. El dominio del movimiento humano es un secreto a voces. Algo contrae nuestros músculos. ¿Importa que denominemos voluntad a esos cambios moleculares iniciales?

Brayton se levantó y decidió alejarse de la serpiente sin hacer movimientos bruscos, sin perturbarla en la medida de lo posible, hasta cruzar la puerta. Así es como se alejan los hombres de la presencia de la grandeza, pues la grandeza es poder y este constituye una amenaza. Sabía que podía retroceder sin cometer ningún error. Si el reptil lo seguía, el gusto decorativo que había plagado las paredes de cuadros también le proporcionaba una panoplia de armas orientales mortales de las cuales podría elegir una apropiada para la circunstancia. Entretanto, los ojillos de la serpiente ardían con la más despiadada de las malevolencias.

Brayton levantó el pie derecho para dar un paso atrás, pero sintió en ese mismo instante una poderosa fuerza que lo frenaba.

—Dicen que soy valiente —murmuró—. Pero ¿no será la valentía simplemente orgullo? ¿Voy a retirarme únicamente porque nadie es testigo de mi humillación?

Se sostenía con la mano derecha apoyada en el respaldo de la butaca mientras mantenía el pie despegado del suelo.

—¡Esto es ridículo! —exclamó en voz alta—. No soy tan cobarde como para sentirme atemorizado.

Levantó un poco más el pie, sin apenas doblar la rodilla, y pisó con fuerza el suelo, ¡a solo un dedo delante del otro! Era incapaz de imaginar cómo había ocurrido aquello. El intento que hizo con el pie izquierdo obtuvo el mismo resultado, y este avanzó con respecto al derecho. La mano asía el respaldo de la butaca y man-

tenía el brazo estirado un poco hacia atrás. Cualquiera diría que no quería perder aquel punto de apoyo.

La cabeza malévola de la serpiente seguía sobresaliendo del anillo interior, como antes, a la altura del cuello. No se había movido, pero en aquel momento los ojos eran como dos chispas eléctricas que irradiaban infinitas agujas luminosas. El semblante de Brayton estaba del color de la ceniza. Avanzó un paso más y luego otro, arrastrando en parte la silla. Cuando la soltó, cayó con gran ruido sobre el piso. Brayton profirió un gemido.

La serpiente no se movió ni emitió sonido alguno, pero sus ojos eran como dos puntos refulgentes. El reptil estaba completamente oculto tras ellos. Exhalaban aros crecientes de colores brillantes y vivaces que, cuando alcanzaban toda la extensión de su tamaño, desaparecían sucesivamente como pompas de jabón. Parecían acercarse al rostro del hombre y después se retiraban a una distancia ilimitada.

En alguna parte, Brayton oyó el redoble de un tambor con estallidos ocasionales de una música lejana, extraordinariamente dulce. Era como el sonido del viento en un arpa eólica. No le cupo duda de que era la melodía del alba de la estatua del rey Memnón^[3] y creyó hallarse en los juncos al lado del Nilo, oyendo, exaltado, el inmortal himno a través del silencio de los siglos.

La música se interrumpió o, más bien, se convirtió escalonadamente en el trueno sordo de una tormenta lejana. Ante sus ojos se extendía un paisaje reluciente de sol y lluvia, atravesado por un arcoíris de brillantes colores que contenía dentro de su gigantesca curvatura cien ciudades bien visibles. A mitad de camino, una gran serpiente coronada alzaba la cabeza por encima de sus voluminosos anillos y lo miraba con los ojos de su madre fallcida. De pronto aquel paisaje encantado pareció elevarse rápidamente como el telón de un teatro y se esfumó en el vacío.

[3] Los colosos de Memnón son dos gigantes estatuas de piedra que representan al faraón Amenofis III. El historiador y geógrafo griego Estrabón explica que un terremoto, en el año 27 a. C., dañó a los colosos. Desde entonces se decía que las estatuas «cantaban» al amanecer, en concreto, la estatua situada más al sur.

Algo lo golpeó con energía en pleno rostro y en el pecho. Cayó al suelo y comenzó a sangrar por la nariz rota y los labios. Se quedó atontado y aturdido durante unos instantes. Permaneció tirado en el suelo con los ojos cerrados y el rostro apoyado contra la puerta. Poco después se recuperó y entonces comprendió que, al caerse, había apartado la vista y se había roto el hechizo que lo paralizaba. Sintió que podría retroceder si miraba hacia otro lado. Sin embargo, aunque no la viese, la simple idea de que la serpiente estuviese cerca de su cabeza —tal vez a punto de saltar sobre él y aprisionarle la garganta—, le causaba espantosa. Levantó la cabeza, miró una vez más aquellos siniestros ojos y de nuevo lo cautivaron.

La serpiente estaba inmóvil y había perdido parte de su poder sobre la fantasía. Las magníficas visiones de momentos antes no se repitieron. Bajo su frente plana y carente de cerebro, los ojos como perlas negras relucientes brillaban como al principio, con una expresión de horrenda malignidad. Era como si aquella criatura, convencida de su triunfo, hubiese decidido no recurrir a nuevos engaños seductores.

Entonces sucedió algo atroz: el hombre, bocabajo sobre el suelo y cerca de su enemigo, se apoyó en los codos, con la cabeza echada hacia atrás y las piernas completamente extendidas. Tenía el rostro ceniciento entre las gotas de sangre y los ojos abiertos como platos. Le caía espuma en forma de escamas desde los labios. Todo su cuerpo se vio sacudido por fuertes convulsiones y comenzó a realizar ondulaciones casi serpentinas. Se dobló por la cintura, moviendo las piernas a ambos lados. Cada movimiento lo iba acercando a la serpiente.

Lanzó las manos hacia delante para tratar de retroceder, pero siguió avanzando con los codos sin poder evitarlo.

IV

El doctor Druring y su esposa estaban sentados en la biblioteca. El científico estaba de buen humor, algo raro en él.

—Gracias a un intercambio con otro coleccionista acabo de conseguir un magnífico ejemplar de *Ophiophagus*^[4] —le comentó a su mujer.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella con indiferencia.

—¡Pero qué ignorancia! Querida, un hombre que descubre después de casarse que su esposa es una inculta tiene derecho a divorciarse. La *Ophiophagus* es una serpiente que se alimenta de otras serpientes.

—Pues a ver si se come a todas las tuyas —contestó ella mientras cambiaba la orientación de la lámpara sin prestarle gran atención—. ¿Y cómo las encuentra? Supongo que lo hará encantándolas.

—Es tan propio de ti, querida —repuso el doctor con cierta petulancia—. Ya sabes que me enferman esas referencias a la absurda superstición sobre el poder de las serpientes para hipnotizar a sus víctimas.

La conversación fue interrumpida por un grito estridente que resonó en la casa silenciosa como si fuese la voz sepulcral de un demonio.

Ambos se levantaron de un brinco: el hombre, sorprendido; su esposa, pálida y muda de terror. Casi antes de que se hubiese extinguido el eco del último grito, el doctor se precipitó fuera de la biblioteca y subió las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. En el pasillo, frente a la habitación de Brayton, vio a varios criados que habían bajado del piso superior. Entraron todos sin llamar a la puerta. No estaba cerrada con llave y cedió con facilidad.

Brayton yacía muerto bocabajo en el suelo. La cabeza y los brazos estaban ocultos a medias debajo de la barandilla del pie de la cama.

Empujaron el cuerpo hacia atrás y lo giraron. Tenía el rostro manchado de sangre y espuma, los ojos muy abiertos, como si contemplase algo.

[4] Cobra real. Se trata de la serpiente venenosa más grande que existe.

—Ha muerto de un ataque —dictaminó el científico, arrodillándose y poniéndole la mano sobre el pecho.

Mientras se encontraba en esa postura, miró debajo de la cama y añadió:

—¡Vaya por Dios! ¿Se puede saber cómo ha llegado esto aquí?

Alargó el brazo debajo de la cama, sacó la serpiente y, aún enroscada, la arrojó al centro de la habitación, desde donde se deslizó con un sonido seco y de fricción por el suelo barnizado hasta dar con la pared. Allí se quedó inmóvil su vieja serpiente disecada, cuyos ojos eran dos botones brillantes.

LA TORTURA POR LA ESPERANZA

Villiers de L'Isle-Adam

Bajo los sótanos de la Oficial de Zaragoza, un atardecer de hace muchos años, el venerable Pedro Arbués de Espila, sexto prior de los Dominicos de Segovia, tercer Inquisidor General de España, bajó hasta una mazmorra perdida seguido de un fraile verdugo y precedido de dos familiares^[5] del Santo Oficio con sendas antorchas. La cerradura de una pesada puerta chirrió y entraron en un calabozo hediondo en el cual penetraba la luz por un pequeño orificio de la parte superior. Allí apenas se podía ver, entre argollas clavadas en los muros, un potro manchado de sangre, un anafre y un cántaro. Sobre una capa de estiércol, sujeto por dos grilletes y un collar de hierro al cuello, había sentado un hombre cubierto de harapos, de edad indefinida y gesto hosco.

El prisionero era nada menos que el rabino Aser Abarbanel, un judío aragonés, acusado de usura y de cruel desprecio hacia los pobres, que había sido torturado todos los días desde hacía más de un año. Sin embargo, su «obcecación era tan dura como su pellejo» y se había negado a abjurar. Orgullosa de una procedencia de varios miles de años y de sus ancestros —porque todos los judíos dignos de ese nombre se precian de su sangre—, descendía talmúdicamente de Otoniel y, por tanto, de Ipsiboé, esposa de este último Juez de Israel, algo que había ayudado a que no se desmoronase en medio de suplicios sin fin.

Así pues, con los ojos llenos de lágrimas, pensando que aquella alma tan firme no lograría de la salvación, el venerable Pedro

[5] Eclesiásticos o seculares que acompañan o asisten a un obispo.

Arbués de Espila, se acercó al rabino tembloroso y le dijo lo siguiente:

—Hijo mío, alégrate porque tus pruebas aquí abajo se terminan. Si he tenido que permitir que fuesen tan duros contigo en vista de tu terquedad, mi misión de corrección fraterna tiene sus límites. Eres la higuera refractaria que se arriesga a ser talada tras haber sido hallada tantas veces sin fruto, pero solo Dios puede juzgar tu alma. ¡Quizá la clemencia infinita brille ante ti en el instante supremo! ¡Así debemos esperarlo! Ha habido casos... ¡Sea! Descansa en paz esta noche. Mañana formarás parte del auto de fe, es decir, irás a la hoguera que antecede a las llamas eternas. Como sabes, solo quema a distancia, hijo mío, y la muerte tarda al menos dos (a veces, tres) horas gracias a las vendas mojadas y heladas con las que protegemos la frente y el corazón de los condenados. Seréis solo cuarenta y tres. Además, piensa que al estar en la última fila tendrás tiempo para invocar a Dios y brindarle ese bautismo de fuego que trae el Espíritu Santo. Aguarda al amanecer y duerme.

Terminado este discurso, Arbués, que había ordenado con una seña que desencadenaran al desgraciado, lo abrazó con afecto. Luego le llegó el turno al fraile redentor, el cual rogó en un susurro al judío que le perdonase todo lo que le había hecho para redimirlo. A continuación lo abrazaron los dos familiares con un beso silencioso a través de las cogullas.

Concluida la ceremonia, el prisionero se quedó solo y confuso en la oscuridad.

El rabino Aser Abarbanel tenía la boca reseca y el rostro embotado por el sufrimiento cuando miró, en un primer momento sin prestar atención, la puerta cerrada.

¿Cerrada?

Aquella palabra evocaba en lo más hondo de sí mismo un sueño en sus confusos pensamientos. Y es que durante un instante había visto a medias el resplandor de las antorchas por la hendidura entre los muros de aquella puerta. Una idea de leve esperanza, debido al agobio de su cerebro, lo conmovió. Enton-

ces y con mucha suavidad, deslizando un dedo por la rendija con cautela, atrajo la puerta hacia él.

¡Oh, asombro! Por un capricho del destino, el familiar que la había cerrado de nuevo le había dado la vuelta a la gruesa llave poco antes de llegar a los montantes de piedra que le servían de tope. Lo había hecho de tal modo que el pestillo oxidado no se había encajado en el cierre y la puerta giró nuevamente hacia dentro. El rabino se arriesgó a mirar hacia fuera.

Aprovechando una especie de luz mortecina, vio en un primer momento un semicírculo de muros terrosos, horadados por escalones en caracol. En la parte superior, justo frente a él, cinco o seis peldaños de piedra, una especie de pórtico negro por el que se entraba a un ancho corredor del cual solamente podía vislumbrar desde abajo los primeros arcos. Así pues, tendiéndose sobre el suelo se arrastró hasta aquel umbral.

¡Sí, era un pasillo, pero larguísimo! Una luz pálida, un resplandor como de un sueño, lo iluminaba. Eran las lámparas, que colgaban de las bóvedas, azulando a intervalos el color oscuro de la atmósfera. El fondo lejano era oscuridad. No había una sola puerta lateral en toda aquella extensión. Solo a un lado, a la izquierda, los tragaluces con sus barrotes en cruz, practicados en cavidades del muro, dejaban filtrarse un crepúsculo que sería el del principio de la noche por las líneas rojas que se entrecruzaban de vez en cuando en el enlosado.

¡Y qué silencio tan profundo! Sin embargo, a lo lejos, en lo más recóndito de aquellas brumas, una salida podía desembocar en la libertad.

La titubeante esperanza del judío era porfiada porque era la última.

Entonces, sin vacilar, se aventuró sobre las losas, a lo largo del muro de los tragaluces, tratando de confundirse con el tenebroso color de la larga pared. Avanzaba sin prisa, arrastrándose sobre el pecho, acallando un grito cuando lo laceraba alguna llaga recientemente reabierta. De pronto le llegó el ruido de unas sandalias que se acercaban, como un eco de aquel corredor de piedra. Un

temblor lo estremeció. La ansiedad lo ahogaba y se le nubló la vista.

¡Vamos! ¿Era aquello el fin? Se acurrucó en un hueco y aguardó, más muerto que vivo.

Era un familiar que iba con prisa. Pasó rápidamente con un desgarrador de músculos en la mano, con la cogulla echada, terrible, y desapareció. El espanto que acababa de sufrir el rabino hizo que le pareciese haber suspendido todas sus funciones vitales. Permaneció casi una hora sin poder moverse. Temiendo mayores tormentos si volvían a apresarle tuvo la idea de regresar al calabozo. Sin embargo, la vieja esperanza le susurraba en el alma ese divino «a lo mejor» que reconforta durante las peores angustias.

¡Se había obrado un milagro! ¡No cabía duda!

Y se arrastró de nuevo hacia la posible evasión. Agotado de tanto sufrir y del hambre, temblando de angustia, continuaba adelante. Y aquel corredor sepulcral parecía prolongarse enigmáticamente. Y él, sin dejar de avanzar, miraba hacia la oscuridad, a lo lejos, en donde debería existir una salida salvadora.

Entonces resonaron nuevos pasos, pero esta vez más lentos y pesados. En la penumbra, surgieron a lo lejos las siluetas blancas y negras de largos sombreros con las alas levantadas. Eran dos inquisidores. Hablaban entre susurros y no parecían estar de acuerdo en algo importante, pues sus manos se agitaban.

El rabino Aser Abarbanel cerró los ojos al verlos. Le latía el corazón hasta salirse del pecho. Un sudor frío de agonía le empapó los andrajos. Permaneció estupefacto, inmóvil, tendido a lo largo del muro, debajo del rayo de una lámpara, implorando al dios de David. Cuando llegaron frente a él, los dos inquisidores se detuvieron bajo el resplandor de la lámpara, sin duda debido a un azar proveniente de su discusión. Uno de ellos, que estaba escuchando al otro, se quedó mirando al rabino. Bajo aquella mirada en la que no comprendió la expresión abstraída en un primer instante, el desdichado creyó sentir cómo las tenazas al rojo aún le mordían su pobre carne. ¡Iba a ser nuevamente todo quejidos y llagas!

Desfallecido, incapaz de respirar, moviendo los párpados, temblaba bajo el roce de aquella ropa. Pero los ojos del inquisidor (cosa curiosa y al mismo tiempo natural) eran sin lugar a duda los de un hombre hondamente preocupado por lo que va a responder, de un hombre tan absorto en la idea de lo que escuchaba, que parecía mirar al judío sin verlo.

Efectivamente, momentos después, los dos siniestros rivales prosiguieron su camino a paso lento, cuchicheando, hacia el cruce de donde había salido el cautivo. ¡No lo habían visto! Tanto era así que, en la horrible confusión de sus sensaciones, esta idea se le pasó por la mente:

—¿No me ven porque ya estoy muerto?

Una impresión espeluznante lo sacó de su letargo. Al mirar el muro, justo frente a él, creyó ver dos feroces ojos que lo observaban. Echó la cabeza atrás con una inquietud violenta y brusca, con el cabello erizado, pero no. Al palpar las piedras con la mano comprendió que era el reflejo de los ojos del inquisidor que aún estaba en las pupilas y se había proyectado sobre dos manchas del muro.

¡Adelante! ¡Había que correr hacia el objetivo que él imaginaba (sin duda de una forma enfermiza) como la liberación! Debía correr hacia aquella oscuridad que estaba a unos treinta pasos más o menos.

Prosiguió, pues, su vía crucis con más rapidez, sobre las rodillas, sobre las manos, sobre el vientre y pronto se adentró en la zona oscura de aquel horrendo corredor. De pronto, el infeliz sintió frío en las manos apoyadas en las losas. Era un frío procedente de un fuerte soplo de aire que se deslizaba por debajo de una puerta entre los dos muros.

¡Ay, Dios! ¡Si aquella puerta se abriese hacia fuera! Todo el ser de aquel lamentable evadido sintió una especie de vértigo de esperanza. La examinó de arriba abajo, sin poder distinguirla bien debido a la oscuridad que la envolvía. Palpó, pero no tenía cerrojos ni cerradura.

¡Un picaporte!

Se incorporó y el picaporte cedió bajo su pulgar. La silenciosa puerta giró ante él.

—¡Aleluya! —susurró el rabino en un inconmensurable suspiro de acción de gracias, ahora de pie sobre el umbral, al ver lo que había ante él.

¡La puerta se abría a unos jardines que se extendían bajo una noche estrellada y sobre la primavera, la libertad y la vida! Todo asomaba a los campos cercanos, prolongándose hacia las sierras cuyas quebradas líneas azules se perfilaban en el horizonte. ¡Allí estaba la salvación! ¡Oh! ¡Huiría! Correría toda la noche bajo aquellos huertos de limoneros cuyo aroma podía percibir. Una vez en las montañas estaría a salvo. Aspiraba el buen aire sagrado, el viento lo reconfortaba y sus pulmones renacían.

En su corazón ensanchado oía el Veni foras^[6] de Lázaro. Entonces, para bendecir de nuevo al dios que le hacía aquella misericordia, tendió los brazos hacia él, alzando los ojos hacia el firmamento. Aquello fue un éxtasis.

En ese momento creyó ver cómo la sombra de sus brazos volvía sobre sí misma. Le pareció sentir que aquellos brazos de sombra lo rodeaban, lo envolvían y lo oprimían con ternura sobre un pecho. Efectivamente, junto a él había una alta figura. Confiado, bajó la mirada hacia ella y se quedó sofocado, delirante, con la mirada perdida, trémulo, hinchando las mejillas y babeando de pavor.

¡Horror! ¡Estaba en los brazos del mismísimo Inquisidor General, del venerable Pedro Arbués de Espila, que lo contemplaba con los ojos anegados de lágrimas y con la expresión del buen pastor que acaba de hallar a su oveja perdida!

El sombrío sacerdote estrujaba contra su pecho con un impulso de caridad tan ferviente al infeliz judío que las puntas del cilicio monacal le arañaron la piel al dominico por debajo de su sotana.

[6] Ve fuera.

Y mientras el rabino Aser Abarbanel, con los ojos en blanco, jadeaba de angustia entre los brazos del ascético Arbués y apenas comprendía que todas las fases de la fatídica velada eran la antesala de un suplicio previsto: el de la Esperanza, el Inquisidor general, en un tono de reproche conmovedor y con la mirada pesadosa, le susurraba al oído con un aliento ardiente y trastornado por los ayunos:

—¡Ay, hijo mío! ¡Querías dejarnos en vísperas, puede, que de la salvación!

CUANDO ANOCHECE EN EL PARQUE

M.R. James

Era de madrugada y la noche estaba despejada. Me había detenido cerca del Sheep's Bridge y pensaba en la quietud solo rota por el rumor de la presa, cuando sonó sobre mí un aullido tembloroso y prolongado que me sobresaltó. Siempre resulta desagradable que lo asusten a uno, pero yo siento una gran simpatía por los búhos. Y, sin duda, este se encontraba muy cerca. Busqué a mi alrededor. Allí estaba, orondo como una pelota, posado sobre una rama, a unos cuatro metros de altura. Le apunté con mi bastón y le dije:

—De modo que has sido tú.

—Baje esa cosa —repuso el búho—. Ya sé que es un simple bastón, pero no me gusta. Sí, claro que he sido yo. ¿Quién si no?

Figuraos mis exclamaciones de asombro.

Bajé el bastón.

—Bueno —prosiguió el búho—, ¿qué pasa? Si se le ocurre venir aquí durante una noche veraniega como esta, ¿qué esperaba?

—Pues perdona —me disculpé—, debería haberlo tenido en cuenta. Y deja que te diga que me parece una suerte haberme topado contigo esta noche. ¿Te importaría que charlásemos un poco?

—Bueno —aceptó el búho con desdén—; no tengo nada importante que hacer esta noche. Ya he cenado y si no se extiende usted demasiado con la charla... ¡Ah!

De repente profirió un sonoro chillido, batió con energía las alas, se inclinó hacia delante, y se aferró en la rama en la que estaba encaramado sin dejar de chillar. Sin duda algo tiraba con

fuerza de él desde atrás. Pero aquella fuerza que lo aprisionaba lo soltó de pronto y a punto estuvo de caerse. Entonces empezó a aletear, removiendo el follaje que había en torno a él, y asestó un torpe picotazo a algo que yo no pude ver.

—¡Oh, cuánto lo siento! —dijo una débil voccecita en tono preocupado—. Creía que la tenía suelta. Espero no haberle hecho daño.

—¿Que no me has hecho daño? —protestó el búho con acritud—. ¡Pues claro que me lo has hecho! Jovencito desaprensivo, sabías perfectamente que no tenía suelta esa pluma.

—No me extraña que me hayas hecho perder el equilibrio. ¿Es que no eres capaz de dejar tranquilo a nadie dos minutos seguidos sin acercarte solapadamente? ¡Bueno, de esta no pasa! Iré a la comisaría y les contaré... —se dio cuenta de que le hablaba al vacío— ¡Cómo! ¿Se puede saber dónde te has metido ahora? ¡Ah, lástima!

—¡Válgame Dios! —dijo—. Parece que no es la primera vez que se meten así contigo. ¿Puedo preguntarte qué ha pasado exactamente?

—Claro que puede —respondió el búho escrutando mientras hablaba—, pero no pararía hasta finales de la semana que viene. ¡Imagínese, venir a arrancarle a uno las plumas de la cola! Me ha hecho ver las estrellas. ¿Y todo por qué, me gustaría saber a mí? ¡Contésteme! ¿Por qué razón?

Lo único que se me ocurrió fue musitar:

—«El búho alborotador de noche grita y nuestros espíritus curiosos lo agitan».

Dudé que comprendiese el sentido, pero me contestó con severidad:

—¡Cómo! Claro, no tiene que repetirlo. Ya lo he oído. Y le diré lo que hay en el fondo y tenga en cuenta mis palabras. —Se inclinó hacia mí y me susurró haciendo movimientos afirmativos con su cabeza redonda—: ¡Soberbia! ¡Reserva obstinada! ¡Eso es lo que hay! No te acerques a nuestra hermosa reina (esto lo dijo en tono de amargo desdén). ¡Ah, no, amigo mío! Noso-

tros no somos lo bastante buenos para el gusto de ellos. Nosotros, que hemos sido durante tanto tiempo los mejores cantores del campo, ¿es verdad o no?

—Bueno... —repuse dubitativamente—. A mí en particular me encanta escucharte, pero ya sabes que muchos prefieren los tordos, los ruiseñores y demás aves. Has debido oírlo por ahí, ¿verdad? Además, quizá (como es natural, yo no lo sé), pero como decía, quizá el estilo de tu canto no sea exactamente el más adecuado para acompañar sus bailes, ¿no?

—Confío en que así sea —el búho se irguió—. Nuestra familia nunca ha sido demasiado dada a bailar y tampoco creo que llegue a serlo nunca. ¡Qué se habrá creído! —prosiguió cada vez de peor humor—. Valiente cosa, ponerme yo a canturrear para ellos —se calló y miró con cautela a su alrededor. Luego, elevando la voz, siguió—: Para esas señoritingas y esos señoritingos. Si a ellos no les parece agradable, le aseguro que a mí menos. Además —añadió nuevamente de mal humor—, si esperan que me quede calladito solo porque bailotean y hacen el tonto, se equivocan de medio a medio y se lo he dicho con estas palabras.

Viendo lo que había pasado antes, me temía que esta fuese una osadía imprudente y tenía razón. Aún no había terminado de hacer su último movimiento enfático de cabeza, cuando de las ramas superiores le cayeron cuatro formas delgadas y menudas, y en un santiamén una especie de cuerda aprisionó el cuerpo de la infeliz ave, que fue arrastrado hacia el estanque entre ruidosas protestas por su parte. Mientras corría, pude oír los chapoteos, los gorgoteos y los chillidos de unas crueles risas.

Algo pasó sobre mi cabeza y, al detenerme a escudriñar junto al borde del estanque, vi que alcanzaba la orilla, con mucho esfuerzo y fuera de sí, un búho con las plumas en desorden, el cual, tras detenerse a mis pies, se sacudió, batió las alas y resopló durante unos minutos sin decir nada que pueda repetir yo en estas líneas.

Entonces se me quedó mirando y dijo con una voz tan llena de rabia contenida que retrocedí uno o dos pasos:

—¿Ha oído eso? Dicen que lo lamentan mucho, pero que me habían confundido con un pato. ¡Ah, si no es para hacerle que uno pierda la cabeza y haga todo trizas en varios kilómetros a la redonda!

Ponía tanta pasión en lo que decía que empezó por arrancar de un tremendo picotazo un puñado de hierba que, ¡ay!, se le introdujo en el buche, formándole un tapón que habría podido reventar una vasija. Pero, tras dominar su ataque, se incorporó parpadeando sin resuello, aunque incólume.

Creí que debía expresarle lo mucho que lo sentía. Sin embargo, no me decidí a ello, pues en su actual estado de ánimo el ave podría tomarse mis palabras mejor intencionadas como un nuevo insulto. Así pues, estuvimos mirándonos en silencio durante un terrible minuto, hasta que algo nos distrajo. En primer lugar fue la voccecita del reloj del pabellón y a continuación la voz más profunda de la torre de Lupton, que ahogó la de la torre de Curfew por su cercanía.^[7]

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto el búho con acritud.

—Creo que son las doce de la noche —dije consultando mi reloj.

—¿Las doce? —exclamó el búho con un evidente sobresalto—. ¡Y yo aquí, chorreando y sin poder volar ni un mal metro de distancia! Venga, agárreme y déjeme en ese árbol. No, mejor trepé por su pierna. Será más sencillo. ¡Venga, dese prisa!

Obedecí.

—¿En qué árbol?

—¡Pues en mi árbol, claro está! ¡En ese! —giró la cabeza en dirección a la tapia.

—De acuerdo, ¿se refiere a ese gris? —pregunté echando a correr en aquella dirección.

—¿Y yo qué sé cómo lo llaman ustedes? Es el que tiene una especie de puertecita. ¡Corra un poco más! ¡Estarán aquí en un minuto!

[7] Torres del colegio de Eton y del castillo de Windsor respectivamente.

—¿Quiénes? ¿Qué pasa? —pregunté mientras corría con el ave empapada entre las manos, temiendo tropezar en cualquier momento y caer todo lo largo que era sobre la hierba.

—Ya verá —dijo aquel pajaraco egoísta—. Usted límitese a dejarme en el árbol. Es lo único que me interesa.

Supongo que debía ser así, ya que trepó muy deprisa por el tronco, arañándolo, con las alas extendidas y se metió en un boquete sin proferir una palabra de agradecimiento. Miré a mi alrededor con inquietud. La torre de Curfew aún tocaba la melodía de San David con su tercer y último repiqueteo. Sin embargo, las otras campanas ya habían terminado de pregonar lo que tenían que decir. Ahora imperaba el silencio y lo que lo turbaba de nuevo era el «murmullo armonioso de la presa» en lugar subrayarlo.

¿Por qué se había dado tanta prisa el búho por entrar en su escondrijo? Como es natural, eso me preocupaba ahora. Fuera quien fuese quien iba a venir, estaba seguro de que ya no tendría tiempo de cruzar el campo despejado. Me convendría disimular mi presencia ocultándome en el lado sombreado del árbol y eso hice.

Todo esto ocurrió hace unos años, antes de los días de la canícula. A veces, cuando la noche está serena, salgo al parque, pero vuelvo a casa antes de las doce. Lo cierto es que no me gusta la multitud que va por ahí cuando anochece, como durante los fuegos artificiales del cuatro de junio, por ejemplo. Empiezas a ver caras raras —bueno, vosotros no; yo sí—, y los individuos a los que pertenecen esas caras dan extrañas vueltas a tu alrededor y te rozan el codo inesperadamente y se te echan encima para mirarte a los ojos como si buscasen a alguien, el cual ya puede dar gracias de que no den con él.

¿De dónde salen?

Pues unos del agua y otros de la tierra. Al menos eso parece. Pero es mejor fingir que no los veo y no tocarlos.

Sí, efectivamente, me gustan más los pobladores diurnos del parque que quienes van allí cuando anochece.

LA VENTANA DE LA BIBLIOTECA

Margaret Oliphant

En un primer momento no me di cuenta de las discusiones que había provocado la ventana. Estaba casi frente a las ventanas del gran salón amueblado al estilo antiguo de la casa en donde estaba veraneando.

Nuestra casa y la biblioteca se encontraban en las aceras opuestas de la calle principal de St. Rule's, una bonita calle, amplia, ancha y muy tranquila, en especial para alguien acostumbrado a vivir en lugares ruidosos. Sin embargo, en un atardecer estival hay muchas idas y venidas, y esa misma quietud está plagada de ruidos: pisadas y voces agradables mitigadas por el aire veraniego. Incluso hay momentos en que la calle es terriblemente ruidosa, como en la época de la feria y algunos sábados por la noche, cuando sale algún tren lleno de excursionistas. Entonces, ni siquiera el aire veraniego del atardecer logra suavizar las voces chillonas y los pasos resueltos.

Cuando eso sucede cerramos las ventanas e incluso yo, tan amiga de refugiarme en el salón para huir de lo que ocurre en el interior de la casa y para contemplar la calle en silencio, me encierro en mi atalaya de observación. Lo cierto es que en el interior de la casa apenas ocurre nada. La casa pertenece a mi tía, a la cual jamás le ocurre —ella dice que por suerte— nada. Creo que en sus buenos tiempos sí que le pasó de todo; pero en el momento del que hablo, mi tía era ya una anciana y llevaba una vida muy apacible. Se levantaba siempre a la misma hora y hacía las mismas cosas minuto a minuto. Todos los días lo mismo.

Según ella, esta rutina es su mejor apoyo en el mundo y una especie de salvación. Puede que sea verdad, pero es una salvación

Fin de la edición promocional